

El clero, en amplio consenso, se negó a darle cobijo en una tumba cristiana del cementerio del pueblo.

Debido a esta decisión, tres piadosos voluntarios, para los extintos huesos por los curas reprobados, del camposanto, a dos leguas, una fosa perforaron.

Con unas tablas de pino y unos clavos oxidados, con mañosa habilidad, un ataúd conformaron y en aquel profundo hoyo por caridad soterraron. Al tiempo de darle tierra, de sus labios, compungidos, rezos al cielo elevaron.

Y allí quedaron los restos del infeliz sepultados, para que el tiempo y la tierra de ese rastrojo lejano borrraran, sin indulgencia, las huellas de su pasado.

Los años pasaban lentos y por aquel territorio todo era paz y sosiego. No perturbaban sus calmas quebrantos ni contratiempos...

Y en ese apacible ambiente, cuando corría un mes de enero, a la iglesia parroquial el arzobispo envió, para dirigir el culto, a un virtuoso rector de carácter dialogante, de aspecto grato y sereno.

El noble varón llegado, por mentideros ociosos las consejas de la zona pacientemente escuchaba. De todas las relatadas, una llamó su atención que le embargó el corazón y a su mente obsesionó al hacer mella en su alma: era la del marginado, la de aquel loco de marras.

Anegado de terneza, el buen cura en sus sermones, desde el púlpito exhortaba a todos los feligreses, que aquel mortal despreciado y enterrado bajo un suelo apodado "el secarral", en cortejo, al cementerio, habíanle de llevar. Llevarle hasta el cementerio y en sus bendecidas tierras dar descanso a sus pesares, ya que el delito fue nimio y excesiva la condena, pues la infracción cometida no era crimen de sentencia, ni estaba escrito en las leyes regidoras en La Puebla, ser desmán ni demasía desvalijar alacenas.

Ante la tal encomienda, dicha sermón a sermón, entre el público escuchante se creó gran confusión.

Sin embargo razonaron y, llenos de compasión, acataron el precepto que con sensibles palabras el sacerdote indicó.

Nombrada una comitiva, al sepulcro desterrado en misión caritativa marcharía de buen grado. Ante la tal decisión, al amanecer de un día fieles y clero agrupados, cruzaron calles y plazas para adentrarse en el campo.

Tras un grueso monaguillo caminaron paso a

paso, para llegarse a unas yerbas de aspecto gastado y lacio.

Uno de aquellos tres hombres que al extinto sepultaron, recomendó a los presentes cavar en aquel recuadro, pues al remover sus tierras darían con lo buscado.

Dos piquetas, insistentes, con resolución ahondaron sobre la reseca arcilla, donde estaría guardado el motivo y la razón del comité allí llegado. De ese comité nombrado que, hasta el tosco rastrojal con calado sentimiento, atribulado acudió para lavar su pecado.

Cuando dieron con la caja, sorprendidos comprobaron la perfección de su estado. A la vista de este hecho, el capellán razonó, con su sapiencia y saber, que abierta debía ser para examinar con tiento lo que en sus tablas de pino habría de contener.

Al féretro lo elevaron de aquel hueco al exterior para emprender la tarea, con ahínco y decisión, de arrancar la tapadera que con empeño sellaba el burdo y tosco cajón.

Con una añosa alcotana, después de tenaz labor, entre un chirriar de clavos la cubierta al fin cedió.

El primero en asomarse para ver en su interior, fue el religioso que, al punto, desconcertado quedó.

A los demás concurrentes les requirió y exigió se acercasen a la caja, para dar confirmación, que allí no existían carnes, ni huesos, ni mal olor.

Paralizados quedaron al ver el arca vacía, mientras un presentimiento, mezcla de espanto y tensión, sus honduras recorría al temer que aquel demente, por los aleros y haciendas, volviera a sus tropelías...

*Cuando en las noches de invierno  
se agranda la soledad,  
a lomos de un bronco estruendo,  
por tejas y obscuridad,  
dicen sentir galopar  
gritos lanzados al viento  
para romper, hasta el alba,  
los silencios y la calma  
presentes en el lugar.  
...Cuentan las viejas y viejos,  
con un temblor al hablar,  
que los galopes y gritos  
se llegan del más allá.*

